

El ámbito del proyecto

Podríamos describir la relación entre arquitectura y programa deteniéndonos en dos episodios claramente diferenciados.

En la arquitectura de ascendencia clasicista el programa determinaba el tipo, quién era a su vez el mayor responsable de la identidad del objeto. Estas condiciones propiciaron un abordaje del proyecto en el cual una parte importante del mismo quedaba resuelto con un ir y venir desde el índice hacia el contenido de cada tratado. La arquitectura moderna desbordó los tipos edilicios confiando la identidad de sus productos a la consistencia de sus propias estructuras formales, las cuales, a su vez, debían entrar en tensión con las estructuras funcionales que se desprendían de cada programa. Precisamente la fricción entre ambas estructuras es la que propició esta arquitectura.

Si bien ambos momentos resultaron diametralmente opuestos respecto a la relación entre sus construcciones y programas, ambos coincidieron en un aspecto: la pasividad del arquitecto frente a la programación de sus productos. En todos los casos, el trabajo del arquitecto comenzaba en el momento que recibía un documento que enunciaba las funciones que su proyecto debía organizar. Tal es así, que el mundo académico ha reproducido sistemáticamente este escenario en sus cursos de proyecto, acotando las incumbencias de cada propuesta a la formalización de un futuro que ya ha sido en gran medida fijado por otros.

Si queremos renovar el sentido de nuestra profesión, cabe hoy preguntarnos sobre aquella porción de futuro que hemos silenciosamente delegado. Asumir este espacio significaría incorporar un nuevo material de trabajo que amplificaría nuestra noción de proyecto. Entendido en estos términos, nuestro trabajo comenzaría ahora con la descripción de una situación que requiere una reorganización espacial específica. Presente y futuro, descripción y reorganización, perderían su inercia individual al quedar amalgamados en esta nueva noción de proyecto. Incorporar la programación a nuestro ámbito significaría recuperar definitivamente el interés por el acontecimiento. Proyectar los programas nos permitiría mantenernos próximos a las necesidades públicas para así retroalimentar constantemente nuestras ambiciones privadas. Nos permitiría construir nuestra propia demanda y decidir sobre su pertinencia. Construiría una noción de arquitecto crítico y propositivo de manera simultánea.

Sebastián Adamo, Marcelo Faiden. 2012.